

Mié
24
Sep
2014

Evangelio del día

[Vigésimo quinta Semana del Tiempo Ordinario - Año Par](#)

“Les envió a proclamar el Reino de Dios y a curar a los enfermos”

Primera lectura

Lectura del libro de los Proverbios 30, 5-9

Las palabras de Dios son de fiar, él es escudo para los que esperan en él.

No añadas nada a sus palabras, te replicará y quedarás por mentiroso.

Dos cosas te he pedido, no me las niegues antes de morir: aleja de mi falsedad y mentira; no me des riqueza ni pobreza, concédeme mi ración de pan; no sea que me sacie y reniegue de ti, diciendo: «¿Quién es el Señor?»; no sea que robe por necesidad y ofenda el nombre de mi Dios.

Salmo de hoy

Salmo 118, 29. 72. 89. 101. 104. 163 R/. Lámpara es tu palabra para mis pasos

Apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu voluntad. R/.

Más estimo yo los preceptos de tu boca
que miles de monedas de oro y plata. R/.

Tu palabra, Señor, es eterna,
más estable que el cielo. R/.

Aparto mi pie de toda senda mala,
para guardar tu palabra. R/.

Considero tus mandatos,
y odio el camino de la mentira. R/.

Detesto y aborrezco la mentira, y amo tu ley. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 9, 1-6

En aquel tiempo, habiendo convocado Jesús a los Doce, les dio poder y autoridad sobre toda clase de demonios y para curar enfermedades.

Luego los envió a proclamar el reino de Dios y a curar a los enfermos, diciéndoles:

"No llevéis nada para el camino: ni bastón ni alforja, ni pan ni dinero; tampoco tengáis dos túnicas cada uno.

Quedaos en la casa donde entréis, hasta que os vayáis de aquel sitio.

Y si alguno no os recibe, al salir de aquel pueblo sacudíos el polvo de los pies, como testimonio contra ellos".

Se pusieron en camino y fueron de aldea en aldea, anunciando la Buena Noticia y curando en todas partes.

Reflexión del Evangelio de hoy

“Concédeme mi ración de pan”

En la lectura del libro de los Proverbios de este día podemos distinguir dos partes:

En la primera encontramos la convicción de un creyente: Quien hace de Dios su refugio, quien pone la confianza en su Palabra, nada ha de temer.

De esta convicción nace, en la segunda parte, la oración de este hombre; una oración en la que sólo pide dos cosas: vivir alejado de la falsedad y la mentira y su ración de pan. Es como si en ambas peticiones se encerrara lo único necesario para la vida: la sabiduría de saber discernir lo que es verdadero de lo que no es

y vivir acogiendo la providencia de un Dios que nos da, cada día, lo que necesitamos para el camino.

El agobio que a veces vivimos ante el mañana, ante lo que nos pueda ocurrir, nuestras previsiones a veces catastrofistas, la excesiva preocupación por tener todo atado y bien atado, la tendencia a acumular, denotan con frecuencia una cierta desconfianza en aquel que nos da solamente “el pan de cada día”, de este día, porque aunque a nosotros no nos lo parezca, eso nos basta y nos sobra, invitándonos a dejar en sus manos el mañana del que nada sabemos salvo que Él estará y seguirá sosteniéndonos.

“No llevéis nada para el camino”

La Palabra del Evangelio de este día es una Palabra de envío y resulta especialmente sugerente en momentos de inicio de curso o de proyectos pastorales: las tareas que tenemos por delante, nuestras “misiones” se viven de otra forma si nos sentimos enviados; empujados, alentados y sostenidos por el Señor a través de la comunidad.

El contenido de este envío es claro: Proclamar el Reino de Dios y curar a los enfermos. Misión de humanizar los contextos en los que nos movemos poniendo palabras y gestos de vida, de salvación. Hoy, día de la Merced, patrona de las prisiones, sería bueno traer a nuestro corazón a tantas personas privadas de libertad y recordar las palabras que el papa Francisco dirigió en cierta ocasión a presos: “Ninguna celda está tan aislada como para excluir al Señor, su amor paterno y materno llega a todos los lados”.

Para realizar esta misión a la que se nos envía Jesús pone una condición: No llevar nada para el camino; ir desprovistos de seguridades, con una cierta indefensión, atreviéndonos a exponernos, ligeros de equipaje. Y es que llevar la mochila demasiado cargada dificulta el viaje: nos hace pesados, rígidos, autosuficientes, incapaces de contar con los otros, de abrirnos a sorpresas que nos puedan desviar de nuestros caminos previstos. Cuando tenemos demasiadas cosas necesitamos defenderlas y entonces nos volvemos como castillos y el aire del Espíritu no puede entrar y ¡lo de Dios es siempre tan sorpresivo! Por eso, que nos resuenen en este día las palabras del poeta León Felipe:

*“Ligero, siempre ligero.
Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,
Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo.
Pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,
Ligero, siempre ligero.”*



Hna. María Ferrández Palencia, OP
Congregación Romana de Santo Domingo